

de toda criatura” (ECP, 105). La percepción extraordinariamente intensa de estas palabras de Jesús (cfr. Jn 12, 32), el 7 de agosto de 1931, fue una nueva faceta decisiva de la luz fundacional (cfr. AVP, I, pp. 380-384), como una llamada del amor redentor de Cristo para identificarse con Él y ponerle en la cumbre de todas las actividades humanas (cfr. ECP, 183). La corriente de Amor que procede de Cristo en la Cruz y se hace presente en el Sacrificio eucarístico es la fuerza que santifica todas las actividades humanas, grandes y pequeñas, cuando es correspondido por el amor de quienes son hijos de Dios en Cristo; este amor filial lleva a imitar a Jesús –especialmente en su vida oculta– hasta ser, con expresión paulina, *alter Christus, ipse Christus*. La base y el impulso de esta imitación transformadora es precisamente la filiación divina, que san Josemaría experimentó como gracia extraordinaria, también en ese mismo año (cfr. AVP, I, p. 388). Por eso no dudó en considerar la filiación divina como fundamento del espíritu del Opus Dei (cfr. ECP, 64). En esta percepción viva del misterio de la Encarnación redentora se encuentra también el arraigo teológico y sentido último de las cosas pequeñas.

Voces relacionadas: Amor a Dios; Infancia espiritual; Presencia de Dios; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: Antonio ARANDA, *“El bullir de la sangre de Cristo”. Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Ernst BURKHARDT - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 465-471; José Luis ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 2003; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993.

Elisabeth REINHARDT

COSTA RICA

1. Inicio de la labor. 2. Algunos datos sobre el desarrollo posterior del apostolado.

Costa Rica es el tercer país de Centroamérica en el que se inició la labor apostólica del Opus Dei, después de Guatemala y El Salvador.

1. Inicio de la labor

En 1957, el arzobispo de San José de Costa Rica, Mons. Rubén Odio, viajó a Guatemala con motivo de un Congreso Eucarístico. El arzobispo de Guatemala, Mons. Rossell, que tenía un gran aprecio a la Obra y había pedido a san Josemaría que llegara el Opus Dei a Guatemala, le llevó al único Centro que había por entonces en Centroamérica y le presentó al sacerdote Antonio Rodríguez Pedrazuela, con quien conversó sobre la Obra y la labor apostólica que ésta realizaba en medio del mundo. Quedó entusiasmado y manifestó su deseo de que el Opus Dei trabajara en su diócesis.

Por entonces Costa Rica era un pequeño país agrícola, con una población de un millón escaso de habitantes. La capital, San José, ciudad rodeada de cafetales y palmeras, tenía una sola universidad, con unos cuatro mil alumnos, que pugnaba por desarrollarse y ser la puerta por la que el país se abiera al mundo y a una mayor participación en el consorcio de naciones.

La expansión a esta nación significaba no poco sacrificio para el Opus Dei, pues había que consolidar la aún reciente labor en Guatemala y en El Salvador y la expansión de la Obra –ya presente en más de veinte países– exigía un notable esfuerzo. El corazón de san Josemaría se dolía al tener que enviar a sus hijos, la mayoría jóvenes, con pocos medios. Muchas veces, sólo llevaban una imagen de la Santísima Virgen y su bendición. Pero el amor de san Josemaría a la Iglesia le movía a corres-

ponder a las solicitudes que le llegaban de parte de las autoridades eclesíásticas.

El 8 de agosto de 1959 aterrizaron en San José los sacerdotes Antonio Rodríguez y José Luis Masot, acompañados por la oración de san Josemaría. Mientras cavilaban sobre cómo se trasladarían al centro de la ciudad y cómo lograrían una pensión barata hasta conseguir una casa donde instalarse, tuvieron la sorpresa de ver que salía a su encuentro el propio arzobispo, que les saludó efusivamente. Les anunció que se quedarían en el Palacio Arzobispal y les reiteró su deseo de ayudarles en lo que necesitaran.

Poco más de una semana después, el 19 de agosto, don Antonio regresó a Guatemala y don José Luis se quedó viviendo en el Palacio Arzobispal. Pasados apenas tres días, el 22, Mons. Odio falleció repentinamente de un paro cardíaco, a los cincuenta y siete años. El golpe fue duro para todos, también para don José Luis, pues el afecto que Mons. Odio, había manifestado y la ayuda que deseaba prestar, auguraban un buen comienzo de la labor apostólica. Su soledad duró poco, pues unas semanas más tarde, el 15 de octubre, llegó a Costa Rica Fernando Sáenz, también sacerdote.

La labor apostólica comenzó pronto, tanto con los varones como con las mujeres. La primera mujer que se acercó a la Obra fue Isabel Terán de Artiñano, a quien acudió don José Luis en busca de ayuda para conseguir la sede de la futura residencia universitaria. Isabel, acostumbrada a que la visitaran muchas personas para pedirle dinero, se impresionó de que este sacerdote –siguiendo una enseñanza de san Josemaría– le dijera a las claras que “no le interesaba su plata, sino su alma”. Prometió ayudarle y pronto le presentó a su prima, María Terán de Rohrmoser. Entre las dos organizaron el primer curso de retiro para señoras que se tuvo en Costa Rica, en el Hotel Robert. El 11 de noviembre Isabel pidió la admisión en el Opus Dei

como supernumeraria. Pronto la siguieron Ligia Herrera, María Terán y otras.

San Josemaría siguió paso a paso estas primeras andanzas. Le daba alegría leer las noticias que le enviaba don Antonio Rodríguez, que hacía frecuentes viajes desde Guatemala a Costa Rica. Aprovechando un viaje de Rafael Calvo Serer, lo envió a San José para ver a don José Luis y a don Fernando. Rafael les animó a alquilar una casa localizada a cincuenta varas al sur de la Pulpería La Luz, conocido punto de referencia en la ciudad. Cuando san Josemaría se enteró de la dirección, comentó en broma: “¡Parece que sólo tienen una luz...!” Y años más tarde, de nuevo bromeando con don Antonio en Roma, le dijo refiriéndose a las direcciones josefinas: “Oye, hijo mío, ¿y allí no han descubierto el número...?”

Mientras tanto, continuaba la labor de formación humana y cristiana con los muchachos y señores que habían ido conociendo: Enrique Vargas, Roger Echeverría, Juan Francisco Montealegre –que fue el primer supernumerario-, etc. En marzo de 1960 comenzó a funcionar la Residencia Miravalles. En esa época pasó por el país don Ricardo Fernández Vallespín, uno de los primeros fieles del Opus Dei; fue otra muestra del cariño de san Josemaría, que quería estar de esa manera cerca de los que abrían brecha. El 28 de octubre de 1961 pidió la admisión en la Obra José Antonio Sauma.

San Josemaría seguía el crecimiento del apostolado. En un viaje que don Antonio Rodríguez hizo a Roma a finales de los años cincuenta, san Josemaría le habló de las gentes de estas tierras y del afecto que sentía por ellas. Le dijo, con conocimiento de la historia centroamericana, que esos pueblos no podían vivir dándose la espalda. Sus hijos debían sembrar por doquier el espíritu del Opus Dei: un espíritu de paz, de amor al trabajo bien hecho, de respeto a la libertad de los demás, de aprecio a la justicia y de solidaridad cristiana, de en-

tendimiento mutuo; evocó el cariño que tenía su hermana Carmen por Centroamérica y cómo había seguido día a día los inicios en Guatemala (cfr. RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, 1999, pp. 280-281).

El 18 de diciembre de 1960 llegaron las primeras mujeres para establecerse en la ciudad: Fina Ventura, Conchita Puig, Piluca Jiménez, y cuatro numerarias auxiliares: Marta Cojolón, Paulina Segura, Daría Cifuentes y Eugenia Teque. Gracias a las que ya pertenecían al Opus Dei desde ese año, la casa –Veragua– ya estaba instalada y enseguida comenzaron las actividades.

2. Algunos datos sobre el desarrollo posterior del apostolado

Con el paso del tiempo, fueron surgiendo numerosas iniciativas apostólicas, impulsadas personalmente por san Josemaría o inspiradas en sus enseñanzas, como el Club Kamuk para muchachos, en 1963. En ese mismo año, la Escuela de Capacitación para la Mujer, en la zona de Pavas, a la que en 1974 se agregó el Instituto Profesional Femenino, un colegio de secundaria; hoy ambas iniciativas están integradas en el Proyecto Educativo Surí, en un edificio que se comenzó a construir en el año 2007 con la ayuda de numerosas personas. En 1967 se abrió el Club Moyagua, para oficinistas y obreros, y el Club Yokó, para muchachas jóvenes. Estas instituciones educativas y culturales han beneficiado a muchas personas de todos los ambientes sociales y han echado raíces en el país. Su influjo hizo que, en 1970, el entonces presidente de la República, don José Figueres Ferrer, invitara a san Josemaría a visitar la nación. Por carta, san Josemaría le contestó afectuosamente: “Le aseguro Señor Presidente que no dejo de importunar al Señor para que me dé pronto la oportunidad y la alegría de conocer ese querido país”. Ese deseo no pudo verlo cumplido en vida, aunque fueron muchos los costarricenses que acudieron en 1970

a México, y en 1975, a Guatemala, para verle y escuchar sus enseñanzas.

La labor apostólica del Opus Dei en Costa Rica siguió creciendo después del fallecimiento de san Josemaría. El Patronato de la Residencia Universitaria Veragua adquirió en 1976 el local para la sede definitiva. Esta sede, además de una residencia para estudiantes, es un centro cultural, en el que se desarrollan actividades dirigidas a la formación integral de la mujer universitaria y profesional. También están Guaitil, Administración de la Residencia Miravalles, que comenzó en 1978 como un centro de capacitación profesional, dirigido a muchachas jóvenes; o el Centro de Complementación Educativa Lari, que nació en 1987 en el oeste de San José y desde donde se desarrollan labores sociales en zonas desfavorecidas de la ciudad. La propia Residencia Universitaria Miravalles cambió de sede en 1980, junto a los campos deportivos de la Universidad de Costa Rica. El Centro Cultural Caleros, desde 1989, ofrece a los profesionales del oeste de la ciudad de San José todos los medios de formación propios del Opus Dei.

Desde 1983, y por iniciativa de un grupo de padres de familia interesados en dar a sus hijos una formación completa y personalizada, funciona la Asociación para el Desarrollo Educativo y Cultural (ADEC), entidad que ha promovido varias iniciativas educativas, fundamentadas en las enseñanzas de san Josemaría: el colegio Yorkín, para muchachos; Iribó, para muchachas; y el preescolar Los Olmos.

Bibliografía: Antonio RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar sin orillas. El trabajo del Opus Dei en Centroamérica. Recuerdos sobre los comienzos*, Madrid, Rialp, 1999.

Rosario DE JUANA ZUBIZARRETA

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.